

PA 7519

D3

48

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

El abate Richard.

Considera que el estudio de la filosofía de los sueños es una parte esencial de la historia del espíritu humano. Reconoce la ignorancia que hay respecto al espíritu. «Cuando todo lo que tenemos de mortal esté revestido de inmortalidad, sentiremos mejor la dignidad de nuestra alma y la eminencia de sus cualidades; sabremos entonces lo que es un espíritu: «Pero es un estado que no parece permitido al hombre imaginar; no debe ni aun hablar de ello.» Aquí se llega a una afirmación teológica, y con todo y sus libres lecturas filosóficas, la religiosidad consecuente se

impone. Sin embargo, no deja Richard de disertar largamente sobre tan metafísico problema, y la naturaleza de la unión del alma y el cuerpo sugiere algunas reflexiones. Así llega a la intervención anímica en la causa de los sueños: el alma puede retratar la imagen de los objetos exteriores, cuando han cesado de afectar los sentidos; puede combinarlos, variarlos como le plazca y obligar a la imaginación a presentarles las diferentes imágenes sobre las cuales forma la sucesión de pensamientos a que da una existencia real por los signos usuales. Luego hace ver la diferencia entre la memoria y la imaginación. Y llega a la notación siguiente: es lo que asombra a la mayor parte de los soñadores que, de ordinario ocupados en proyectos quiméricos, o de ideas fantásticas con que animan su inacción continua, no reflexionan bastante para encontrar el origen de los sueños en el desorden en que entretienen su imaginación; quieren, al contrario, que les anuncien el porvenir, bajo las apariencias, a menudo, más extravagantes; así no encuentran el medio de ajustar la predicción al

acontecimiento, después que éste está realizado. Entonces notan relaciones y conformidades que no tienen realidad sino en la locura de sus pretensiones, pero que bastan para entretener en ellos una ilusión a la cual están apegados.

Sería alargar mucho estos extractos de la teoría, si me detuviese en la parte relativa a los principios del sentimiento; pero expondré lo que el abate pensara sobre el estado del alma en los sueños, cosa que está más en el tema general de estos estudios. Por la acción del alma durante el sueño, para que los sueños puedan existir, es preciso que el movimiento de los órganos interiores de las sensaciones permanezca libre, para que la facultad imaginativa forme por su medio las imágenes, facultad que se ejerce durante el sueño, se desarrolla sin obstáculo — estando entonces los sentidos exteriores y la memoria activa en la inacción —, y basta a toda variedad la rareza y lo maravilloso de los sueños, considerados en el orden natural. El estado del alma de los sueños, afirma, conforme a las leyes que la unen al cuerpo, es una consecuencia del sue-

ño, necesaria al mantenimiento y reparación de éste: su poca continuidad le distingue del estado de locura, accidente terrible que no tiene ninguna relación con la constitución esencial de la naturaleza humana, del cual es la degradación más triste; en tanto que el sueño es un estado evidentemente relativo a esa constitución. En los sueños, la doble propiedad inseparable de una naturaleza inmaterial, es decir, la inteligencia y la actividad, no cesa de aparecer y de probar esa inmaterialidad; pero el alma no puede hacer un uso razonable y moral; es preciso que tenga el conocimiento reflexivo de las sensaciones, y que, conforme al orden establecido por el Creador, las arregle y las convierta a su utilidad.

Anticipándose, como he dicho antes, al doctor Maury, el abate deja sentado que esa doble propiedad no se hace notar menos en el sueño continuado de la locura; ella es, pues, concluye, correspondiente a la humanidad, y uno de sus accidentes más humillantes. Y cree que Pascal debería haber rectificado la afirmación que sobre este

tema se encuentra en sus pensamientos. «Si soñáramos todas las noches la misma cosa, nos afectaría quizá tanto como los objetos que vemos todos los días; y si un artesano estuviese seguro de soñar, todas las noches doce horas, que es rey, creo que sería casi tan feliz como un rey que soñara, todas las noches durante doce horas, que es artesano.» Esto trae a mi memoria uno de los cuentos más deliciosos y más divertidos de *Las mil y una noches*. El abate no acepta el concepto pascaliano. Se han visto locos entregados, por muchos años seguidos, a la misma idea; las rarezas no desarreglan en nada su modo de ser, y gozan de todas las satisfacciones de su estado. Se ha observado aún que los que tenían esos sueños felices, tales como el que Pascal propone, estaban más constantemente apegados a ellos que los que tenían sueños negros y aflictivos, y concluye: «El alma humana, aun en el mayor desorden de los órganos, tiende siempre a la felicidad, de una manera constante y uniforme, en cualquiera situación en que se la imagine.» Trae luego la afirmación calderoniana de Pas-

cal: «La vie est un songe un peu mois inconstant.» El pensar religioso glosará: «La vida mezclada de agitaciones y de incertidumbres continuas es un sueño, es decir, que no tiene nada con que se pueda fijamente contar; es un sueño, comparado con el estado de felicidad estable y permanente prometido a los que pasen el tiempo de ese sueño variado, de conformidad con las leyes establecidas por la Inteligencia suprema, y que nos están suficientemente puestas de manifiesto, para que podamos sujetarnos a ellas.

»Es un sueño por el que hay que pasar, cuyas virtudes hay que sufrir; pero, en fin, en el estado natural del hombre vivo no se conocen otros; en tanto que la locura, el ensueño continuo, que no sigue sino las leyes de una imaginación extravagante, es la miseria más completa de la Humanidad; un estado que penetra de compasión y de horror, el único que excluye verdaderamente de la sociedad y sobre el cual todas las naciones civilizadas tienen las mismas ideas.» El abate ve en el postulado de Pascal la influencia del desborde de su genio, y recuerda que el

gran pensador «a été affecté de reves dominaus, qui prouvent qu'il y eut dans ses organes, quelque dérangements occasionnés par une tension trop continuelle».

Hace en seguida un examen del sueño y el encadenamiento de las ideas entre sí. No deja de ser curiosa esta parte de la teoría... Los sentidos y la memoria entran en reposo al mismo tiempo que los órganos del movimiento reposan sus fuerzas, perdidas en la acción. Sin embargo, la unión del alma y del cuerpo subsiste durante el sueño, y debe consistir, lo mismo que en la vigilia, en la acción y la reacción recíproca y continua de las dos substancias. El alma no puede, aun en ese estado, permanecer un instante ociosa: imagina un nuevo orden de cosas; si algunas veces se echa en un abismo de males imaginarios, también se forma placeres que no son más reales; parece tener entonces una facultad productora; tan nuevos se presentan los diferentes objetos en que se ocupa, y de los que no puede tener, a lo más, sino una idea comenzada u ocasional. En ese movimiento continuo y esta acción

del alma sobre los órganos interiores se debe buscar la causa de los sueños.

Perfectamente; sólo que, a mi entender, el abate yerra en considerar la memoria como facultad no concurrente, sin ver que la imaginación, sin la facultad mnemónica, no existe, pues no es posible imaginar nada sin estar en posesión de los elementos que aporta el recuerdo. Todo lo que imaginamos es con componentes que han pasado por nuestros sentidos, fuera de ciertas impresiones de los sueños que pertenecen al más allá, y aun éstas surgen de los rincones de una desconocida, pero sospechada prememoria.

En los sueños no existe razonamiento, como tampoco la memoria voluntaria. Si alguna traza de ello existe, es a causa de las sensaciones de objetos exteriores que han quedado impresas en el aparato cerebral. La imaginación está sujeta a las sensaciones exteriores. No es extraño que se formen combinaciones raras; por las combinaciones o ligaciones cerebrales, partiendo de una idea se llega a otras, a todas, más o menos pronto, «siguiendo—dice Richard en su lenguaje

del tiempo — la ligereza de los espíritus animales, o siguiendo la actividad interior del principio sensitivo». Hay sueños de operaciones lentas, y que parecen proceder ordenada y coordinadamente; hay sueños ligeros, desordenados, de ideas que se contradicen o se chocan, pero que, después de examinadas, se les encuentra, más o menos ligero, el origen o procedencia. Hay una comparación del cerebro con un paseo cortado por mil rutas distintas que dan a una avenida principal, por la cual hay que pasar. Por muy intrincada y laberíntica que sea la ruta, tiene que llegarse a la avenida central. «Así puede decirse que todas las ideas entran por la misma puerta, aunque no lleven el mismo camino. Unas van directamente y vuelven lo mismo; otras se pierden, marchan a largo tiempo y no retornan sino penosamente al punto de partida; algunas caen fatigadas antes de haber encontrado la avenida. Esta perspectiva, que la reflexión hace tan brillante, está totalmente oscurecida durante el sueño. La cadena ideal está interrumpida; el alma deja, por decirlo así, escapar el hilo que la

guiaba en la vigilia; si quedan algunas partes, se reanudan a tejido formado por la imaginación sobre el mismo cañamazo, y es por esto que los sueños en que estamos interesados son siempre sobre algún objeto relativo a lo que somos o a lo que hemos sido. En el estado de vigilia todas las percepciones que se experimentan se relacionan unas con otras; hasta las que se hunden más en el abismo del pasado, producen sobre el alma una impresión más o menos sensible, según el grado de atención que se ponga. No hay quien no pueda reconocerlo cuando la rapidez de la imaginación hace suceder unas a otras ideas, que parecen completamente discordantes, que sin embargo no lo son, porque dependen de ese encañamiento de percepciones que los otros no conocen, y recuerdan hechos cuya ligazón no es sensible sino para el alma que las tiene. Las sensaciones que se siguen continuamente forman una larga cadena de objetos y de acontecimientos cuyos diversos anillos, ligados unos a otros por su dependencia mutua, sirven para convencernos de la realidad de esos acontecimientos y

objetos. Esta cadena comprende el curso entero de nuestra vida y todo lo que pertenece al estado de un hombre despierto. De allí viene que ciertos incidentes que nos recordamos, sin que nos sea posible hacerlos entrar en la cadena, nos dejan en la duda de si pertenecen al sueño o a la vigilia.»

De aquí se pasa a la conocida comprobación de que el tiempo en sueños no existe como en vigilia — recuérdese el caso del Dr. Maury, juzgado y guillotinado, en sueños, en dos segundos—. El abate señala el ejemplo de Jerónimo Cardano en su tratado *De subtilitate*: «Me parecía — dice el sabio italiano — haber ido de Milán a una ciudad desconocida, alejada más de trescientos mil pasos, y haber recorrido tantos lugares diferentes, montañas, valles, que habría sido preciso emplear en ello más de seis días. Creía haber dormido largo tiempo; pero el sonido del reloj me advirtió que apenas había reposado durante una hora. La causa es que esas especies de operaciones se hacen sin fatigar el cuerpo y muy prontamente. Si no se reflexiona, se juzga

del intervalo del tiempo por el cansancio que se debería tener después de semejante cosa; porque el ejercicio de la razón está interceptado por la fuerza del sueño. Que se tengan las mismas imágenes en vela, que se sigan las ideas que de ello resulten con toda la celeridad posible, se tendrá el mismo número, con la misma variedad y en tan poco tiempo. No sorprende, porque se está en conocimiento y se siente entonces la actividad de la imaginación.» En un hombre que duerme, los sentidos callan, la memoria no obra; el alma—compara poéticamente Richard—se parece a un músico que, tocando en un instrumento desacordado, no puede sacar ningún aire armónico y continuado, con la diferencia esencial de que aquí sólo el instrumento es el defectuoso, en tanto que en el durmiente el defecto del instrumento afecta al agente mismo, que, dependiente de él por su percepción como por su acción, ya no puede durante el sueño procurarse percepciones regulares y seguidas, como hacer ejecutar al cuerpo los movimientos que quisiera. ¿Quién no ha experimentado que estando dor-

mido, en ese estado de malestar conocido con el nombre de incubo, y que, soñando que está oprimido por un peso considerable, o en el momento de perecer por algún accidente, ha hecho esfuerzos inútiles por cambiar de posición y librarse de ese estado de opresión? Entonces los espíritus animales se estrechan, la voz se intercepta, la respiración llega a ser muy difícil, toda la máquina está en un estado de amenaza con la cesación total del movimiento, que hace esfuerzos por restablecerse, poniéndose en una posición más ventajosa. «Al extractar esta parte de la teoría, recuerdo la afirmación de Saintine de que la pesadilla puede, por el exceso de su horror—y quién sabe por qué razones de lo oculto, agregó—, llegar a ser mortal, y que muchos a quienes se considera muertos por enfermedades súbitas, han muerto de pesadilla.»

En el capítulo en que trata en qué estado y en qué tiempo se forman los sueños y de las disposiciones propias a su formación, el abate se expresa con erudición, trayendo citas oportunas de autores antiguos, desde el indispensable Plinio,

el cual escribe que hubo autores que no soñaron nunca. Cuando alguno llegaba a soñar, era signo mortal. Plutarco, en su tratado de la cesación de los Oráculos, cuenta que Cleón de Daulia decía, al fin de sus largos años, que no había soñado nunca, y que la misma cosa había sucedido a Trasímedo. Ello era debido al temperamento tranquilo y flemático de esos hombres, que es raro y muy opuesto al de los melancólicos, que son soñadores por la naturaleza misma de su temperamento. A lo cual agregó — dice el autor de la teoría —, o que dormían poco, o que antes de acostarse se entregaban a un ejercicio violento, que les hacía más necesario el reposo.

Amiano Marcelino cuenta que bajo la tiranía de ciertos emperadores, cuando todo se temía de los espías, nadie era osado hablar de sus sueños, ni aun a decir que había soñado. Se envidiaba a los habitantes de la Atlántida, que se dice no soñaban nunca. Por otra parte, Plinio trae esa tradición. Tiberio soñó muchas veces que debía pedir dinero a un conocido suyo. «Augu-

rio», dijo. E hizo matar a aquel hombre y confiscó sus bienes.

Para Richard, de un modo general, los que casi no sueñan o duermen profundamente, son personas de constitución robusta, que gozan de plena salud, o las que, después de un trabajo considerable, caen en un sueño pesado, por el agotamiento de fuerzas y la necesidad extrema de repararlas. Los sueños se forman en un estado medio. La poca robustez y la poca salud, la debilidad, los comienzos de una enfermedad seria, son los estados propios a la formación de los sueños. En este caso, «le sommeil n'est plus qu'un songe continuel; et le repos même pendant la veille est habituellement troublé de ces symptômes fâcheux qu'on appelle rêveries».

Hipócrates, al ocuparse de los sueños, dice: «Si se conociesen todas las conjeturas que se pueden sacar de los sueños, se comprendería de qué utilidad pueden ser en diversas circunstancias. El alma, mientras está en vela, distribuida en cierta manera en todas las partes del cuerpo, para sostener la acción y el sentimiento, parece

no estar mucho en sí misma; está ocupada en todas las funciones del cuerpo, a que responden los sentidos, el oído, la vista, el tacto, el andar, la acción general y todos los pensamientos resultantes. Cuando el cuerpo está en pleno reposo, entonces obra con más libertad; se recoge en su centro. Allí está toda en sus funciones. El cuerpo, pesado de sueño, no tiene el uso de sus sentidos; pero el alma, que vela siempre, no está privada de conocimiento. Ve lo que debe ver, oye lo que debe oír, obra, es sensible, capaz de pasión; razona con mucha más prontitud, y durante el sueño llena sus funciones y las del cuerpo. Si alguien, pues, puede llegar a discernir sanamente esa facultad, se puede decir que ha hecho grandes progresos en la vía de la cordura. Richard elogia la palabra hipocrática; pero lamenta que en otros pasajes el padre de la Medicina haya seguido prejuicios de su tiempo.

Siempre el misterio.

El hombre de los ojos profundos que piensa y que sueña en medio de las corrientes tumultuosas del vibrante París, me presenta un periódico y me dice señalándome una columna: «Lea.» Leo: «En vista de las nuevas manifestaciones espiritistas que han de pasar en diferentes puntos del mundo, manifestaciones «sensacionales» que sobrepasarán con mucho los fenómenos producidos hasta el día, el grupo de los nuevos cristianos cumple con el deber de informar al público que las prácticas espiritistas ofrecen grandes

inconvenientes, y algunas veces grandes peligros. No se debe entregarse a ellas sino con las intenciones más nobles y el corazón más anhelante. Lo subconsciente, el desdoblamiento de la personalidad, la telepatía, la alucinación y, sobre todo, el «fraude innumerable», son otros tantos engaños que rodean las entradas del espiritismo; en fin, los espíritus engañadores pululan. Que sean entidades formadas por los flúidos-pensamientos que se escapan constantemente de los individuos, o que tengan otro origen, ellos «existen». Solamente la plegaria y la limpieza del alma pueden preservarnos de ellos. Hay el mal espiritismo y el buen espiritismo, como hay la buena y la mala iglesia, la buena y la mala república, la buena y la mala monarquía, etc. El espiritismo está llamado a prestar a la Humanidad servicios considerables. Guardémosle puro. Él es el que unirá la ciencia a la religión, el que nos permitirá probar científicamente la revelación y el milagro. No vayáis a los espíritus sino por medio de la plegaria, y recordad que el bien atrae el bien y el mal atrae el mal. Es la ley de

atracción y de repulsión que rige el mundo moral como el mundo físico.»

-- Perfectamente — dije.

— ¿Y usted qué piensa de esto?

— Que apartando los inconvenientes de los grupos, entre los cuales Bouvard y Pecuchet tienen casi siempre digna representación, algo se percata de lo desconocido, de un modo especial en estos momentos, por los estudiosos de lo oculto. Y en cuanto a las manifestaciones extraordinarias, sé de dos que impresionarían a cualquiera.

Y se las conté.

Son las siguientes:

*
* *

Hace algunos años llegó a mi morada parisiense un joven uruguayo que me presentó una carta de recomendación de Leopoldo Lugones. Es la única persona que me haya sido recomendada por el gran poeta, y, en verdad, eran merecidos los elogios que me hiciera de la intelligen-

cia y cortesía de aquel amigo. Tuvimos buenas relaciones desde entonces. Pude apreciar su cultura, su dedicación a variadas disciplinas, su gusto por el Arte, por las Letras, y su facilidad de asimilación, al par que su modesta discreción. Cuando llegamos a tener cierta confianza, mostréme sus ensayos literarios, y ellos denotaban tanto el ingenio como los buenos estudios. Recuerdo, entre otras cosas, que el joven M... —pondré, por razones claras, tan sólo la inicial de su apellido— me leyó unos cuantos sonetos en francés, de los mejores que haya conocido escritos en esa lengua por autores hispanoamericanos. Luego pasamos juntos un verano en las costas de Bretaña, en la casi isla de Roscanvel, no lejos de Camaret-sur-Mer, en la misma finca de campo en donde estuviera por unos días Ricardo Rojas, el cual habla de ella en uno de sus libros.

El Sr. M... era casado, tenía dos niños y recibía unas pequeñas rentas de América, que le bastaban para llenar las necesidades de su hogar y sus aficiones de hombre de letras. Hacía, así-

mismo, de cuando en cuando operaciones de comercio de obras de arte, en las que no creo haya obtenido mucho provecho. A causa de esto partió para Buenos Aires y dejamos de comunicarnos por algún tiempo. Retornó a París. Su salud estaba minada. Un desenlace fatal se precipitó, durante el tiempo en que yo me encontrara recientemente en tierras aztecas y cubanas. Cuando retorné, su viuda me narró las angustias de una enfermedad terrible y los últimos momentos de su marido, que me llamaba antes de expirar.

He aquí que se presenta lo misterioso. No voy a buscar la causa, sino a señalar los hechos.

Unos diez días después del embalsamamiento del cuerpo y de su depósito en una cripta, la señora de M... fué en compañía de sus dos niños a colocar unas flores en la tumba.

Al día siguiente, en compañía siempre de sus niños y de un caballero español, llegó a almorzar a un restaurante del boulevard Saint-Michel.

La concurrencia era grande. Las mesas estaban casi todas ocupadas. Solamente había dos disponibles. Se sentaron a ellas. No habían con-

cluido el primer plato, cuando entró al establecimiento el Sr. M..., difunto. Ocupó la mesa que estaba frente de la viuda. Aquel hombre llamó la atención de todos los clientes del restaurante que lo notaron.

«Il a l'air d'un mort!», decían unos. «Il est est près que mourat!», decían otros. La viuda, al verle, calcúlese la impresión que sentiría. Por lo bajo dijo a su acompañante: «¡Mi marido!»

Los niños, por su parte, dijeron a la señora: «Mamá, mamá; ahí está papá. ¿Cómo nos dijiste que se había ido al cielo, que se lo habían llevado los angelitos?» La señora reconoció toda la indumentaria, desde el calzado hasta los lentes, unos lentes oscuros que ella misma le comprara. No se trataba, pues, de un *sosie*, sino de un caso extraordinario. El reencarnado, o lo que fuese, no habló. Señaló al mozo algo en el *menu*. Los platos que trajeron y que, por otra parte, no probó, eran los mismos que él preferiera y acostumbrara en su casa. Sonreía a los niños. No miraba a la señora ni al caballero que la acompañaba. A poco, pagó, se levantó con la misma

dificultad con que se le viera andar cuando entrara, y salió a la calle. Llamado el patrón de la casa, dijo que no conocía al extraño personaje, y los mozos afirmaron que era aquélla la primera vez que le habían visto.

Al día siguiente llegué a París, de vuelta de Madrid; y al serme narrado el sucedido, y al preguntarme la señora si yo conocía a alguna persona que pudiera darle una explicación de aquel fenómeno misterioso, le contesté afirmativamente. Esa misma tarde la conduje a casa de un amigo, eminente sabio en ciencias ocultas, el doctor Encause, conocido en el mundo de las letras y del ocultismo con el seudónimo de «Papus». Es uno de los «escritores iniciados en quienes se encuentran los principios de la antigua ciencia mágica», según las palabras de Marc Saunier. Su tratado de ciencias ocultas, su admirable libro *Le Tarot des Bohémiens*, «libro que revela enteramente el sentido filosófico y científico del Tarot», y tantas otras producciones, le han conquistado una gran autoridad. Sin *réclame*, sin farsas, es todo lo contrario de más de un sonoro charla-

tán. Sus relaciones se extienden a todo el mundo. Es un buzo de lo desconocido, un pensador y un explorador del más allá.

No voy a pintar la escena de la consulta. Sólo, sí, diré que el Dr. Encause dijo cosas muy raras por lo que contenían de la adivinación; que asombró a la dama hablándole de asuntos tan íntimos que sólo eran conocidos por ella y su finado esposo. Díjole de la visita que hiciera al cementerio y de la clase de flores que llevara. Aseguróle ser, en efecto, su marido quien se le presentara en el restaurante en pleno día y a la vista de todo el mundo. Hablóle de cierto pliego cerrado y lacrado cuya existencia ignorara la viuda y que después encontró. Y salimos de la morada sibilina, los que presenciamos la entrevista, admirados y confundidos por lo curioso y peregrino del caso.

No puede suponerse que haya habido alucinación en el restaurante, porque habría que convenir entonces en que la alucinación había sido colectiva, no sólo de la señora y de los dos niños, sino del patrón, de los mozos y de las

gentes que comentaron la llegada del tipo espectral, que comparaban con un muerto o con un moribundo. Luego, los conocimientos e intuiciones especiales del sabio ocultista explican el hecho, claro que no para los escépticos, sino para quienes tengan algún conocimiento o nociones de ciencias secretas. El esoterismo, diremos peyoráticamente, no es para todo el mundo.

Hace poco, en una reunión en que se tratase del suceso anterior, un distinguido centroamericano que ha ocupado un alto puesto en el Gobierno de Costa Rica, nos dijo:

«Lo que podré asegurar — yo que no tengo el espíritu muy abierto a lo que la ciencia no puede verificar — es que en la capital de mi país existe una señorita de la mejor sociedad que se ha revelado *medium* extraordinario, y por la cual se producen fenómenos psicofísicos que dejan muy atrás los de la famosa Eusapia Paladino. Por ello, varios hombres de ciencia europeos están muy interesados, y se ha embarcado ya, o está para embarcarse para la América Central, el Dr. Richet.»

Y nos contó entonces lo que él había presenciado, en compañía de algunas otras personas, entre las cuales el viajero francés conde de Périgny, después de diversas demostraciones de lo oculto, lo siguiente: La señorita se sentó al piano. Entabló conversación con gentes invisibles, pero cuyas palabras se oían en el mismo salón. Luego acompañó el canto de diez o doce voces, un coro admirablemente concertado que atronó la sala y que dejó grandemente asombrados a cuantos lo escucharon. Las manifestaciones espíritas en casa de dicha señorita son tan raras y extranaturales, que una de las principales Sociedades especialistas de Inglaterra, la Royal Psychical Society, ha ofrecido costear el viaje a la *medium* y a toda su familia a Londres, con el fin de estudiar detenidamente los hechos.

Observaciones de un inglés.

Entre las observaciones de los sueños que desde hace tiempo me diera a estudiar, hay unas recientes muy interesantes del inglés London J. Rogers. Muchos hemos tenido en sueños el don del vuelo; por ejemplo, no del vuelo propiamente dicho, sino de la lesitación y flotación en direcciones voluntarias. Rogers juzga que ello es debido, probablemente, a que los sueños tienen a menudo una relación más o menos directa con ciertas funciones internas del organismo. Yo recuerdo haber soñado mucho, en mi juventud, que iba de un punto a otro, en parajes conoci-